

Julien Gracq, quienes siempre trataron de mantenerse al margen de toda actividad que implicara un poder, así como no formar parte de ninguna comisión de tipo académico o administrativo.

—*¿No será el síndrome del errante cosmopolita? Porque recuerdo que a Xalapa se le llama la Atenas del Golfo...*

—Sí, la Atenas de América, la Atenas americana. Y en Xalapa pude desasirme por completo de esto, marqué mis reglas: a partir de las seis de la tarde no salgo nunca, tengo hábitos muy estrictos, horas para la lectura, horas para el trabajo, horas para el paseo. Escribo de noche y tengo la ventaja de no vivir en pleno campo. Aunque yo hago una vida de campo, tengo bibliotecas por si necesito consultar algo, hay gente con la que puedo hablar en la universidad.

—*¿Tú eres lector de Schopenhauer?*

—No.

—*Te preguntaba porque como ya es célebre la pasión que tienes por tu perro, yo te preguntaba si es simétrica o paralela a la decepción por los hombres.*

—*[Risas]* Mira, está bien, ahora que he abandonado parcialmente el trato con los humanos, quizá la relación con mi perro cubre un amplio espacio interior. Bueno, pero no soy un ser incivilizado; no, en mi casa vive un niño que es como mi nieto. Pero algunos de los momentos más placenteros, son aquellos que paso con mi perro.

—*Te lo preguntaba porque sabes que Schopenhauer decía que cuanto más conocía a los hombres más amaba a su perro. Dices que en Roma te percataste de que la distancia y la ciudad te daban libertad por fin para escribir. Sin embargo algunos españoles piensan que contra Franco se escribía mejor. O sea, tú planteas la distancia y la libertad para escribir, y sin embargo hay quien reflexiona que la opresión, cierto ambiente opresivo, cierta necesidad de luchar contra lo inmediato saca del letargo a la rebeldía.*

—Sí, bueno, está probado que en muchas ocasiones la tensión es necesaria. Acabo de leer también varias publicaciones creadas antes de la caída del muro de Berlín, con el propósito de combatir la intolerancia en los países del Este. En esas revistas tenían acogida muchos escritores que en sus países no podían publicar. Leo las reflexiones de los escritores de esos lugares; lo que se producía culturalmente en ese período ahora sería imposible. Novelas como las de Andrejewsky, como *El Rey de las Dos Sicilias*, de Kuzniewics, para citar el caso de Polonia. Si hoy se le ocurriera a alguien llevarlas a una editorial, le dirían de inmediato que de ninguna manera se podrían publicar, porque eso hoy día no es rentable. En la vieja Unión Soviética, por ejemplo, la política cultural ha sido más aniquiladora que en los peores momentos de Stalin, aunque desde luego sin la crueldad de entonces. Ahora que tienen toda la liber-

tad, no pueden aprovecharla y deben sólo escribir novelas pornográficas o policíacas, pues de otra manera no podrían publicar. Y ya no tienen las posibilidades de Occidente, que creaba revistas culturales dedicadas a ellos. Yo creo que en la discrepancia con el sistema político había un estímulo emocional. Buena parte de la literatura de nuestro siglo es producto de las tensiones sociales y políticas que lo marcan.

—Ya estando en Roma, se me ocurre imaginar tu relación con María Zambrano, que tenía un carácter fuerte y poco tolerante en la discusión. Ya instalados en el terreno de la zoofilia ¿cómo es posible que María Zambrano, apasionada por los gatos, y tú por los perros, no se llevaran como perros y gatos?

—Sí, claro, yo un día amanecí con 30 gatos encima. Me quedé a dormir en una habitación, la abrieron los gatos, de repente sentí un calor brutal, quise tratar de quitarme la cobija, pero era una cosa inmensa. Sí, en Roma descubrí esa liberación interior para poder escribir mi obra como me diera la gana, sin tener que pensar qué cosas estaban de moda, tratar de quedar bien con algún grupo, ni adular a nadie, y durante veintitantos años escribí en esas condiciones de soledad, enviaba yo mis libros a México, se publicaban, no sabía yo cuál iba a ser la reacción ni tampoco me interesaba. Eso me hacía feliz.

—Un día le comenté a Tomás Segovia que encontraba Roma una ciudad asfixiante, una ciudad donde se veía la Contrarreforma y no se veía la revolución, y que prefería París, y entonces me contestó diciendo que comparar a Roma con París era como comparar a Sofía Loren con la muñeca Barbie. ¿Roma no te ha dado nunca la sensación asfixiante del clero?

—No. Llegué a Roma en el año 61 y era una ciudad más bien izquierdista, llena de marchas, de banderas, de cantos partisanos por las calles, era un poco antes de *Lotta continua*, con manifestaciones por la paz, era el año del muro de Berlín y el miedo a una nueva guerra. Además era el *aggiornamento* de la Iglesia, cuando los sectores eclesiales estaban de capa caída, los conservadores eran como rechazados, estaban en escondrijos; habían perdido la mano que después recuperaron. No, Roma me dio la sensación de salud y de vitalidad como nada, ni siquiera Londres que en aquella época era una ciudad mitificada totalmente, me pudo dar el tenor de Roma. Además era una ciudad impresionantemente generosa, era prima del *miracolo* económico. Era el tiempo del neorrealismo; la ciudad estaba paupérrima pero había una generosidad inmensa, que después se ha perdido como se pierden las cosas con la riqueza ¿no? Yo había pensado hacer un viaje de varios meses por Europa. En el primer proyecto ni siquiera estaba marcada Italia porque había tenido una pelea con unas tías, unas hermanas de mis padres de las que me fui a despedir y para ellas el viaje a Europa tenía que ser el viaje a Italia, que era lo

único que contaba, y entonces vino una discusión sobre razas y todo esto, indigenismo, exaltación casi mussoliniana de la ciudad imperial, que la había yo tachado. Fui casi por casualidad, por azar, porque encontré dos amigas en París que me incitaron a ir a Paestum, pero cuando llegué a Roma fue un deslumbramiento vital, y allí me fui quedando unos días, era ya casi al término de mi viaje y tuve que tomar la decisión entre regresar a México, tenía ya el dinero preciso para mi viaje de regreso, o quedarme, y allí. Y es ese día en que decidí quedarme comienza realmente mi vida, la parte importante, la parte que me interesa de mi vida.

–Cuando narras el primer viaje a Venecia a mí me da la sensación de que lo que estás haciendo es visitar la ciudad de tus lecturas, la ciudad imaginada.

–Es cierto.

–Si hubieras encontrado las gafas ¿la ciudad habría sido otra?

–Seguramente, aunque también mis lecturas la hubieran condicionado mucho. Los recuerdos de Venecia en Proust, en Ruskin, en Browning, en Henry James; no había yo traducido todavía *Los papeles de Aspern* pero tenía yo una Venecia leída que posiblemente se iba a sobreponer o que iba a modificar la Venecia física. Pero así estamos hechos todos ¿no? Cuando llegué a Londres, la enorme mayoría de mis lecturas eran inglesas y veía yo Londres a través de los paseos de Dickens, de reflexiones de Virginia Woolf...

–Alguien dijo ayer en la presentación de tu libro, que sería bueno que en España hubiera un Chiapas. Hace pocos días conversando con un compañero del subcomandante Marcos que estaba de gira por Madrid, dijo que lo que le gustaría es que en Chiapas se viviese como en Madrid. ¿Cuál de las dos reflexiones te parece más oportuna?

–Ambas son respuestas que responden a dos momentos de ánimo diferente y que tienen sentido. A mí me gustaría, claro, me gustaría muchísimo que Chiapas pudiera ser como la aldea más pobre de España, que seguramente sería como Nueva York frente al mundo en que viven ¿no? Pero también quizá la otra respuesta que se da ahí es que se necesita algo que señale las fallas de un país o de un gobierno, que fue lo que nos mostró a nosotros en México el levantamiento chiapaneco. Nos desadormeció de ese sueño de que estábamos en el umbral del Primer Mundo para reconocer que estábamos en una de las fases peores a las que puede llegar una cultura, una civilización.

–La cuestión es que estando de acuerdo en que el levantamiento de Marcos contribuyó junto con otros elementos, como el desgaste del sistema, el asesinato de Colosio, narcotráfico, etc, a sacar del letargo a la sociedad civil pero...

–Con otros elementos a revisar todo el sistema y quebró al sistema...

–Es verdad que ha revitalizado la sociedad civil, que se ha despertado, la libertad de expresión, en este sentido ha aumentado brutalmente...

–Ha aumentado brutalmente...

–...pero que después ha habido una especie de acartonamiento, estancamiento, que no ha sabido sacar de ese primer levantamiento, de ese momento de auge internacional donde se dio a conocer el proceso, no ha habido manera de sacarle provecho y que en realidad quizá la sociedad civil y Marcos se han beneficiado pero sus tropas y los indígenas de la zona ¿qué?

–Bueno, el provecho que ha dejado a México es la ampliación de la sociedad civil, que se debe sentir agradecida.

–Sí, pero la paradoja que yo quiero plantear es: es verdad, la sociedad civil tiene que estar agradecida, pero la que está fuera, porque los que están dentro dan la impresión de que han salido perjudicados.

–Mira, no sé...

–O sea acosados, perseguidos, inmovilizados, parece que ellos han brindado la oportunidad de que nosotros hablemos de otra manera, de que la sociedad civil se haya revitalizado, de que probablemente el gobierno del PRI en el DF sea de otro color, pero probablemente los propios luchadores que están dentro parece que han salido perjudicados; los indígenas, una vez más.

–Bueno, los indígenas en una zona amplia de Chiapas, siguen cultivando sus terrenos, siguen teniendo esta vida miserable que han conocido desde hace muchísimos años, no creo que eso los haya perjudicado excesivamente.

–¿Ya no tenían nada que perder?.

–Sí era esto, los guerrilleros llevaban ocho años en la selva, salieron a la luz, han llegado a un acuerdo con el gobierno que el gobierno desconoció. Se han quedado allí. La sociedad de alguna manera sabe que, moralmente, ellos tienen la razón y posiblemente en algún momento se logren encontrar las salidas legales, jurídicas, pacíficamente, para tratar de remediar algo de lo que está dañado.

Héctor Subirats